

MAQUIAVELO Y LA ARGENTINA DE NUESTRA ÉPOCA

En su famosa obra “*El Príncipe*”, MAQUIAVELO aconsejaba a los gobernantes que se esmeraran en aparentar virtud moral y piedad religiosa. Ampliando los alcances del postulado, podríamos decir que, a los efectos de mantener su posición, los gobernantes necesitan, entre otros recaudos, mostrarse públicamente de acuerdo con los valores éticos y estéticos imperantes en sus respectivos contextos sociales.



Nicolás MAQUIAVELO (1.469/1.527).

Como en tantos otros aspectos, en éste la Argentina también se nos revela como un caso especial. Recuerdo que, al poco tiempo de haber asumido por primera vez como Presidente de la República, Carlos S. MENEM modificó -según su conveniencia política- la composición de la Corte Suprema de Justicia de la Nación. Días antes de que se produjera tan importante cambio institucional, un famoso periodista argentino, en el marco de una entrevista, le preguntó algo así: “Señor

Presidente, ¿Usted se da cuenta de que tiene la oportunidad histórica de ser uno de los pocos mandatarios argentinos -tal vez, el único- que, pudiendo influir en la conformación de la Corte Suprema, se han abstenido de hacerlo, por respeto al principio de división de poderes?”. La respuesta del Presidente MENEM fue insólita. Con una sonrisa cómplice, repuso sin ruborizarse: “Usted me está pidiendo que sea el primer presidente ‘boludo” de la historia”. Por aquellos años, el mismo gobernante fue interrogado acerca de las gruesas discordancias que se podían verificar entre las decisiones concretas de su gestión gubernamental y las promesas que había formulado durante la respectiva campaña electoral. La contestación del Primer Magistrado fue, nuevamente, insólita. Con su habitual sonrisa, poderosamente simpática, dijo: “Es que si yo decía en la campaña electoral todo lo que iba a hacer, no me votaba nadie...”.

Nuestros amigos extranjeros seguramente supondrán que, frente a los dos episodios recién reseñados, la ciudadanía argentina reaccionó fuertemente irritada. Sin embargo, no fue así. No sólo no se impuso enojo alguno, sino que -además- muchos fueron los que -paradójicamente- festejaron en forma explícita la astucia y la picardía del Presidente.

Como se ve, en Argentina, no parece ser necesario simular virtud moral ni -mucho menos- piedad religiosa. Aparentemente, nuestros “príncipes”, en la actualidad, no se encuentran compelidos a exhibir cualidades éticas y, por derivación, estéticas. Prácticamente, nadie les exigiría tal cosa... Ante tan llamativo fenómeno, forzoso resulta preguntarse si nuestro pueblo ha perdido la razón, tornándose masoquista o -peor aún- suicida...

¿O será que, en la sociedad argentina de nuestra época, la astucia y la picardía gozan de una valoración tan grande que hasta las personas que han sido pasibles de un ardid, en vez de enfadarse, elogian al

tramposo que lo perpetró? Y cuanto más artera es la trampa ejecutada, mayor el encomio tributado por sus víctimas al furtivo manipulador que la tendió...

O bien, ¿se tratará de una grosera incoherencia instalada en nuestros códigos axiológicos? Quiero decir, nuestro sistema de valoraciones, ¿estará atrapado en una suerte de contradicción? ¿Acaso es que padecemos algún tipo de “cortocircuito” ético (y, por extensión, estético) por la presencia de valores contrapuestos? Paradoja, ésta, que nos llevaría al absurdo de ponderar equivalente y simultáneamente el bien de nuestro pueblo y la actividad de los factores que lo degradan...

¿O será que, en realidad, hay dos “Argentinas” dentro de un mismo país? Una Argentina seria, honesta, laboriosa y solidaria, que en las últimas décadas ha perdido fuerzas, por confusión, decepción, resignación... Y otra Argentina, frívola, deshonesta, codiciosa y egoísta, la cual, durante el mismo período, ha ganado espacio, al menos, en ciertos ámbitos, como el de la así llamada “*opinión pública*”. ¿Estará nuestro país atrapado en la pugna de estas dos “Argentinas”?

Sería conveniente que los argentinos indagemos profunda y detenidamente adónde estamos parados y hacia dónde nos estamos dirigiendo. No vaya a ser que, entre los estruendos de tanta carcajada y tanto aplauso, nuestro país se esté aproximando peligrosamente rápido al cesto de basura de la historia...

Dicen que DIOS perdona siempre; el hombre, a veces; la naturaleza y la historia, ¡jamás!

Dr. Pablo J. Davoli.

12/09/12.